



El hombre que filmó el horror

Claude Lanzmann, el cineasta que rodó lo imposible, habla de su novelesca vida

Luchó en la Resistencia, participó en emboscadas, fue amante de Simone de Beauvoir, ha volado en un 'F-16' y es parte de la Historia del Cine por 'Shoah', la monumental película de 9 horas sobre el genocidio nazi.

Amado y odiado, ha vivido una existencia inconformista y novelesca con la misma intensidad que alcanza su voz rocosa cuando algo le contraría.

Carmen Méndez

Cuando apenas tenía 18 años, Claude Lanzmann se unió a un grupo de la Resistencia en la Francia ocupada por los alemanes y participó en varias emboscadas. Mató para sobrevivir. Lanzmann, de 85 años y propietario de una vida múltiple y apasionada, siempre ha sido un hombre de acción, que presume de haber volado en un F-16 y en un Phantom con un alto mando del ejército de Israel a 2.500 kilómetros por hora... y no haber vomitado, algo que a veces no consiguen los mejores pilotos. "Fue una experiencia inolvidable", sonríe. Y se esfuma de repente la leyenda del ogro que traga periodistas por docenas.

El inclassificable Lanzmann (París, 1925) sabe que ya es parte de la Historia del Cine desde que rodó *Shoah*, un documental de nueve horas, sin música, al que entregó doce años de trabajo y donde reunió testimonios del genocidio nazi, no para hablar de la supervivencia sino de algo más difícil: de la muerte.

Su vida, entre el hombre de acción y la élite de la intelectualidad francesa en la segunda mitad del siglo XX, está retratada en las más de 500 páginas de *La liebre en la Patagonia* (Seix Barral), un libro atípico y magníficamente escrito, un torrente de energía, como él. No son unas memorias al uso -no le gusta nada que lo llamen así-, sino el relato novelesco de una vida aventurera, llena de amoríos, viajes, pozos os-

"El individualismo arrasa; las personas se centran sólo en sus logros. Ya no hay utopías ni quedan guerras justas"



El cineasta y escritor francés Claude Lanzmann en su reciente visita a Madrid. / JMCadenas

curos y momentos divertidos y luminosos, vivida con una intensidad extraordinaria que se contagia en cada página.

Cuenta Lanzmann que en la época de la Resistencia, un compañero, Baccot, se disparó cuando le detuvieron. En aquel tiempo, escribe, "no admitía que el precio final fuera la muerte". "Tenía conciencia del riesgo, pero no había tomado esa decisión última, interior, de suicidarme en el caso de que me arrestaran, como hizo Baccot, que se voló la cabeza antes de hablar

"Simone de Beauvoir era brillante y seducía por su inteligencia. Ella y Sartre me enseñaron a pensar"

bajo tortura. El valor y la cobardía son uno de mis temas".

Lanzmann fue primero el chico de las acciones guerrilleras; luego, el joven judío intelectual que birlaba libros en La Sorbona. "Robé muchos. Era muy bueno en eso -ríe con ganas-. Pero sólo libros de filosofía. En aquella época

de extravagancias y desafíos, mangar libros era tanto una moda como una obligación de orden casi moral".

Podía haber quedado marcado como un hombre de acción, pero se convirtió en parte de la élite intelectual francesa. Fue profesor de Filosofía en Berlín, y en 1952 entró a formar parte del consejo de redacción de una revista mítica, *Les temps modernes*, que aún dirige desde 1986. Ésa era la publicación que fundaron Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, fundamentales en su vida, especialmente en los años 50. "Ellos me enseñaron a pensar. Yo les di que pensar. La relación con ellos fue un placer intelectual continuo".

Simone y España

La autora de *El segundo sexo*, obra fundamental del feminismo, fue su amante durante ocho años. Fue Simone de Beauvoir, conocida como *el Castor*, quien le enseñó España y las corridas de toros, que tanto le gustan. "Ella era brillante, seducía por su inteligencia. Tuvimos una gran complicidad", asegura. A cambio, Lanzmann les contó -a ellos y al mundo- cómo fue



El joven Lanzmann, a la izquierda, con Sartre y Simone de Beauvoir.



Cartel inglés de 'Shoah'.

Poner nombre al genocidio

"Nadie volvió de las cámaras de gas para contar su relato.

El día en que lo comprendí, supe que el tema de mi película sería la muerte misma, la muerte y no la supervivencia". Su película sobre el Holocausto debía afrontar el desafío de suplir las imágenes inexistentes de la muerte en las cámaras de gas. "Había que reconstruirlo todo".

La primera proyección de 'Shoah' se hizo en París, en 1985, en el cine L'Empire. Asistió el entonces presidente François Mitterrand y duró desde la una del mediodía hasta la madrugada. "Fue algo extraordinario, muy conmovedor, con un aforo de 1.500 personas. Tomé la palabra al principio brevemente para explicar a los asistentes que iban a hacer un gran viaje, muy difícil de soportar, un viaje hacia la muerte". Y en una semana, se empezó a utilizar el término 'shoah', que en la Tora significa catástrofe, para designar la magnitud del genocidio nazi. "Fue todo un acto radical de nominación, de darle un nuevo nombre a algo que era difícil de nombrar". En su libro, Lanzmann cuenta el proceso de elaboración de esta obra monumental, para la hizo una labor increíble de investigación. Utilizó cámaras ocultas para grabar a los verdugos; no paró hasta hablar con Abraham Bomba, peluquero en Treblinka. Y ahí queda la famosa imagen del cartel de 'Shoah', la del conductor de trenes polaco camino del horror.

El mundo de ahora no me gusta demasiado-gruñe. Lanzmann ha vivido una época de intensidades, de líderes fuertes, de pensadores carismáticos. "Ahora hay unas carencias enormes, y no sólo de líderes. El mundo ha cambiado mucho, la vida se complica con desigualdades crecientes, siempre insostenibles. El individualismo arrasa, y las personas se centran sólo en sus logros personales. Se reproducen indefinidamente las mismas cosas, el amor, el dinero... Ya no existen utopías ni se lucha en batallas para salvar la vida de la gente. Ya no hay guerras justas", sostiene.